

## Virus y violencia



**E**sta semana se conmemora el Día Mundial del SIDA, una pandemia que afecta a más de 15'5 millones de mujeres en todo el mundo. De ellas, tres cuartas partes viven en África. Según datos del 2007 un 50,2% de mujeres adultas conviven (mientras pueden) con el VIH/SIDA a nivel mundial. La Organización Mundial de la Salud (OMS) afirma que en el continente africano este porcentaje alcanza el 60%. En contraposición se encuentra el área del Pacífico Occidental donde solamente el 28% de la población adulta infectada son mujeres.

Habitualmente se habla del VIH como una tragedia o una fatalidad, una enfermedad de transmisión sexual adquirida por una deficiente educación sexual y las nefastas determinaciones que de ella pueden derivar. Pero el SIDA no solamente es producto de decisiones individuales erróneas, sino que en muchas ocasiones está directamente relacionado con el patriarcado y la violencia machista.

La vulnerabilidad propiciada por situaciones de conflicto armado como en el caso de Libia o Congo; por desplazamientos forzados como en Colombia o Costa de Marfil; por procesos migratorios como los que emprenden muchas mujeres centroamericanas para llegar a Estados Unidos pasando por México subidas en trenes de mercancías, etc. acrecienta el riesgo de sufrir agresiones sexuales y de contraer la enfermedad. Pero esas condiciones de inseguridad y de violación de los derechos humanos no se presentan solamente en contextos de alta violencia, sino que se muestran en nuestro entorno más próximo.

La violencia sexual forma parte en muchas ocasiones de la violencia física y emocional contra las mujeres, ocasionada por la pareja o ex pareja, del mismo modo que habitualmente es un factor indisociable de la trata y la explotación sexual de la que somos testigos silenciosos en las calles de cualquier ciudad occidental.

Otros factores estructurales como la pobreza, la falta de servicios de salud, la desigualdad de género o la baja tasa de escolaridad disminuyen la capacidad de respuesta de las mujeres ante la violencia sexual, al igual que el acceso a la asesoría y los tratamientos posteriores a la misma una vez que se ha contraído la enfermedad.

La violencia de género se ha convertido en un grave problema de salud pública que se ensambla peligrosamente con la transmisión del VIH/SIDA. Por lo tanto, si bien es cierto que las prácticas de riesgo aumentan la posibilidad de contraer el VIH, éste también se convierte a menudo en una más de las consecuencias de la violencia machista, de la discriminación institucional y de las relaciones de poder androcéntricas que afectan de forma fatal a la integridad física y a la salud sexual y reproductiva de millones de mujeres en el mundo.

Ser mujer, pobre y seropositiva constituye una triple discriminación que reduce palmariamente las posibilidades de desarrollar un proyecto de vida libre, autónomo y solvente. Por ello, en la lucha contra la violencia machista es necesario hacer hincapié en la apropiación patriarcal que continuamente se hace de los cuerpos de las mujeres y del derecho a decidir sobre los mismos y visibilizar el desastroso vínculo existente entre violencia sexual y económica y SIDA.